

DE ABUELOS

Dos abuelos. Cuarenta años de convivencia fecunda y fiel. Se conocían lo suficiente, como para darse todavía la sorpresa de un malentendido. Era justo lo que había sucedido esa mañana.

El abuelo era un hombre jovial y bastante espontáneo. Impetuoso en sus reacciones, solía irse de boca cuando decía sus verdades. La abuela, en cambio, era más paciente, pero también de reacciones más lentas. Por eso aquel cruce de palabras que la había ofendido, la llevó a su respuesta habitual: el mutismo. El recurso del silencio suele ser frecuente en personas que están obligadas a una convivencia muy cercana, sobre todo cuando no existe la posibilidad de escapar a través del grupo. Y estos dos abuelos pasaban gran parte de la semana solos, porque sus tres hijos casados no vivían en el mismo pueblo, y los encuentros solían darse sólo los fines de semana. Esto sucedía un día miércoles.

La discusión se había dado en horas de la mañana. Para la hora del almuerzo, se comió en silencio. El televisor llenó un poco el vacío, sin solucionar el problema. El café de la tarde los vio reunirse dentro del mismo clima. Y llegada la cena, continuaba aún el mutismo por parte de la abuela. Al abuelo ya se le había pasado totalmente el mal rato, y quería que le sucediera lo mismo a su compañera de toda la vida. Pero, evidentemente, ésta era de reacciones más lentas. Por tanto, había que encontrar una manera de hacerla hablar, sin que ello significara capitulación por ninguna de las dos partes, porque el asunto que los había distanciado era una intrascendencia, y no valía la pena volver sobre ello.

Cuando ya se iban a acostar, al abuelo se le ocurrió una idea. Se levantó con cara de preocupado, y abriendo una de las gavetas de la cómoda, se puso a buscar afanosamente en ella. Sacaba la ropa y la tiraba sobre la cama. Luego de haber vaciado esa gaveta, la cerró con fuerza y se puso a hacer lo mismo con la siguiente. Cuando ya se decidía a hacer lo mismo con la tercera, la abuela rompió el silencio y preguntó entre enojada y preocupada:

- ¿Se puede saber qué diablos estás buscando?

A lo que su marido, con una hermosa sonrisa, le contestó:

- ¡Sí! Y ya lo encontré: ¡Tu voz, querida mía!

Autor: Anónimo